

PIERRE Y RENÉE GOSSET: *La deuxième guerre*. Paris, Editions de Flore, 1950. 477 páginas.

Es esta obra, aparecida hace unas semanas en la capital francesa y escrita por un matrimonio periodista, un reportaje sobre la Segunda Guerra Mundial; pero un gran reportaje. Los autores han logrado presentar bajo forma atrayente, la Historia grande y pequeña de los años en que la guerra caliente turbó al mundo, apuntando, al propio tiempo, las causas de la guerra fría que transcurre ante nuestros ojos en la denominada postguerra actual.

Esta característica de constituir la obra objeto de recensión un reportaje, no quiere implicar, sin embargo, la ausencia de una documentación apropiada. Antes al contrario, los autores han utilizado para su relato todas las publicaciones de los más destacados protagonistas de la Segunda Guerra Mundial, y estudiado los documentos oficiales editados en los últimos años. Han logrado unir pacientemente en un mosaico único, fragmentos esparcidos en muchos libros forzosamente unilaterales. La obra tiene así una excelente orientación, y las versiones que nos ofrecen los autores las creemos de las más autorizadas. Y a esto hay que unir la objetividad con que han sido escritas la gran mayoría de sus páginas. Por eso no debe extrañar el que consideremos al libro de los Gosset como uno de los más importantes aparecidos hasta hoy sobre el desarrollo de los acontecimientos durante la hasta ahora última gran contienda.

La obra está dividida en cuatro partes. La primera, dedicada fundamentalmente a la exposición de la política hileriana desde relato de la declinación del poderío bélico desencadenar la guerra, hasta diciembre de 1941, en que los 45° bajo cero impidieron a la *Wehrmacht* conquistar Moscú. La segunda, se centra sobre la preparación de los

dos desembarcos aliados, en el Norte de Africa y en Normandía. La tercera, es el relato de la declinación del poderío bélico alemán frente a la U. R. S. S., hasta la escena final del 30 de abril de 1945 en el bunker de la Cancillería del III Reich. La cuarta y última parte, muestra el declinar de Roosevelt desde 1944, y su política de concesiones a la U. R. S. S., con el póstumo lanzamiento innecesario de las bombas atómicas sobre el Japón.

No se trata, pues, de una Historia cronológica y circunstanciada, fría y meticulosa, sino de un destaque de cuatro momentos culminantes de la Segunda Guerra Mundial bajo ángulos distintos, exponiendo sucesos lógicamente encadenados. Este plan hace que algunos otros momentos y situaciones, y aun personas, queden algo al margen del relato, como sucede, en gran parte, con Mussolini y con el escenario mediterráneo de la guerra.

En particular, señalemos que las alusiones a la política española en estos años de guerra, son bastante correctas. Con relación a la entrevista de Hendaya, los autores indican (pág. 106) el doble juego seguido. Asimismo, ponen de relieve las reservas del Jefe del Estado español ante el plan Goering de conquistar Gibraltar mediante una división de paracaidistas y la entrada de ocho divisiones motorizadas en España (páginas 109 y 161). Y, sobre todo, señalan la decisión española de permanecer neutrales cuando se preparaba el desembarco aliado en Africa del Norte (págs. 205 y 210-211) y Eisenhower temía un ataque terrestre hispano-alemán sobre Gibraltar, convertido el Peñón en Cuartel General avanzado de los aliados al mando de un norteamericano.

* * *

Mas la objetividad de los autores se destaca de modo especial sorprendentemente, al referirse a Hitler. Y advirtamos que Pierre Gosset fué combatiente de las Fuerzas francesas libres y corresponsal de guerra en el 8.º Ejército aéreo norteamericano, y hecho prisionero por los alemanes.

Gosset afirma ya en el prólogo de la obra, que «el Adolfo Hitler de 1940 fué un jefe militar de talla napoleónica». Y todo su Libro I tiende a demostrar que mientras el Führer fué, «ante todo, un gran capitán» (pág. 18), un «genio militar», hasta 1941 al menos (pág. 110), sus generales y su Estado Mayor fueron incompetentes en el aspecto militar y desleales en el político.

Hitler, «hombre profundamente inteligente, intuitivo, probablemente genial, extremadamente imaginativo» (pág. 18), no recibiera gran instrucción militar, pero había leído intensamente las obras de Clausewitz, Moltke y Schlieffen, y a estos teóricos del arte militar «los asimiló con la ayuda del genio y una prodigiosa facultad de síntesis». Sus generales de 1939 estaban atrasados: von Blemberg, von Fritsch y Beck no creían en la guerra motorizada; von Leeb, von Rundstedt y von Bock, sus tres comandantes de ejércitos en Francia, no tenían en 1940 la menor confianza en la utilización de las divisiones blindadas, mientras que «el Führer adoptó e hizo suyas, con una rapidez y una certidumbre asombrosas, las doctrinas de la *blitzkrieg*, que nadie admitía en la Academia Militar» (pág. 24). Cuando a finales de julio de 1939 Brauchitsch y Halder enviaron a Hitler un timorato plan de campaña a base de una simple batalla de fronteras, el Führer modificó totalmente el proyecto, esquematizando una ofensiva que debía destrozar a las fuerzas polacas en dos semanas y conducir a Varsovia en tres, y «Brauchitsch, como un mal alumno, se llevó su plan corregido, y el Estado Mayor, sin creer un solo instante que las locuras de su amo pudieran dar resultado, transpuso sus puntos de vista de manera ortodoxa» (pág. 35). Cuando en noviembre de 1939 Jodl le presentó el plan ofensivo contra Francia, Hitler se limitó a decirle que era una reproducción del antiguo Plan Schlieffen, y pidió «un plan audaz, genial, que hiriera de estupefacción e impotencia a sus adversarios» (pág. 74), y por eso aprobó el plan de von Manstein, que inflamó el espíritu del Führer, «que satisfizo su no conformismo estratégico. Pero

sólo a él le entusiasmaba. Ninguno de los ejecutantes tenía confianza en la extrema audacia de la aventura. Y, aquí también, Hitler tendrá razón y verá más claro que ellos» (pág. 76). Finalmente, la operación «Barbarroja» para la campaña de Rusia, salió entera del cerebro de Hitler: «Keitel y Jodl fueron encargados de traducirla en directivas más detalladas» (pág. 118). Y «la Historia dirá probablemente que Hitler habría podido ganar la campaña de Rusia. Su plan de batalla era simple y sano. No se le puede hacer más que un reproche, un sorprendente reproche: le faltaba audacia» (pág. 127); era un plan conservador, que encantó a los generales de más de sesenta años. Pero, con él, Hitler dejó de ser, afirma Gosset (pág. 128), un estratega audaz. No obstante, si fracasó ello fué debido a tres grandes causas: 1.ª A que el ejército soviético, sorprendido enteramente, no presentó batalla; 2.ª A la primera gran catástrofe natural: la lluvia, que formó el barro que impediría moverse al ejército motorizado, y 3.ª A la segunda gran catástrofe natural: la nieve, y el invierno crudísimo de 45º bajo cero. De todos modos, aun durante el penoso invierno de 1941-42, Hitler inventó la «defensa en erizo», que fué «el último rasgo de genio militar que nos ofrece Adolfo Hitler en el curso de esta guerra» (pág. 283). Y después vendrán las graves derrotas militares, con la constante exclamación de Hitler: ¡Mis generales me traicionan!

Pero ya la campaña de Rusia fué comenzada sin hacer caso de la elemental consideración estratégica y geopolítica de no luchar en dos frentes paralelos. Hitler se dió cuenta de ello, pero hasta última hora esperó poder cesar la lucha en Occidente, y continuarla sólo en el Este. Ya en 1940, Hitler, con un profundo cálculo político, quiso cometer un grave error militar: dejar escapar y evanuar la casi totalidad de la «British Expeditionary Force». Hitler dió órdenes terminantes para que las Panzers alemanas no ocuparan Dunquerque antes que los ingleses llegaran a la plaza, y para que no presionaran excesivamente al ejército anglo-francés en retirada, porque la matanza de las tropas británicas en Dunquerque, la derrota humillante del Ejército británico, «impedirían toda posibilidad de acuerdo con una Gran Bretaña herida en lo vivo» (pág. 86), y Hitler quería lograr la paz con Inglaterra. Después de la victoria

de 1940, las condiciones de Paz general que comunica Hitler a Londres, no pueden ser más moderadas: Alsacia, Lorena, Briey, Malmédy y el retorno simbólico de algunas antiguas colonias alemanas (pág. 88). Ante su discurso del 19 de julio de 1940 en la Opera Kroll de Berlín, el propio Ciano, que asistió a la ceremonia, no puede menos que escribir: «Hitler habla simplemente, hasta diría que con un tono humano no habitual. Creo que su desco de paz es sincero.»

Y estos deseos se hacen cada vez más fuertes, sobre todo cuando la guerra contra Rusia se vuelve inevitable. Ya en 1940. Molotov reclama la Besarabia y la Bukovina; pide manos libres en Finlandia, en los Balkanes, en Turquía. Hitler quiere apartar las ambiciones soviéticas de Europa, y dirigirlas hacia el Oriente. El desacuerdo de la conferencia de Berlín de noviembre de 1940, es completo. Ya de regreso en Moscú, Molotov comunicará el 26 de noviembre al Embajador Schulenburg una Nota que constituye un verdadero ultimatum: «A condición de que Alemania se desinterese inmediatamente de Finlandia, que acepte el Pacto ruso-búlgaro, el establecimiento de una base militar soviética al alcance de los Estrechos, que el Japón renuncie a sus concesiones de Sakhalin, que toda la zona al Sur de Batum y Bakú sea considerada como de influencia soviética, que Turquía ceda una base naval en el Bósforo», la U. R. S. S. consentirá en adherirse plenamente a la política germana, firmando un Pacto cuatripartito (página 104). Pero Hitler se niega a entregar la Europa oriental, y el 18 de diciembre de 1940 escribe su «Directiva núm. 21», en la que esquematiza la «Operación Barbarroja», la campaña contra Rusia.

Desde este momento, la idea de Paz en Occidente estará presente en el ánimo del Führer con más intensidad. Propasándose, pero con el afán de servir esta idea. Hess a principios de 1941 intentará, desde Madrid (pág. 115), negociar con los británicos, pidiendo autorización para trasladarse a Gibraltar; luego, volará a Escocia. Aun en los momentos más difíciles del III Reich, Hitler desoírará los consejos políticos de Mussolini: «Haced rápidamente la paz con los rusos» (pág. 296), y le dirá a Goebbels en el Cuartel General de Rastenburg, en septiembre de 1943: «En tanto que hombre, sería evidentemente más fácil tratar con

Stalin. Es un realista. Churchill es un fanático, pero, en fin, es fieramente anti-bolchevique», añadiendo: «Si los ingleses son obligados a escoger entre una Europa bolchevique y una Europa nazi, es cierto, absolutamente cierto, que escogerán la Europa nazi.» Y Hitler hasta el final, hasta 1945, esperará a que los británicos elijan, y creará en una elección capaz de salvar a Europa. «Lo creará hasta la vispera de su suicidio. Y esta frase es la sola explicación psicológicamente válida que permite explicar la insentada prolongación de la agonía del III Reich» (pág. 308). Hasta última hora, el Führer esperó la conversión *in extremis* de los británicos a una cruzada anti-bolchevique (pág. 324).

Por eso su guerra fué siempre la guerra del Este, desinteresándose en junio de 1943 de todo lo demás: del asunto tunecino, de las amenazas de desembarco, de la suerte de Italia, de la evolución de la guerra en el Pacífico y hasta de la batalla del Atlántico. Su cruzada, la cruzada de Europa, era contra la Rusia soviética. Y morirá frente a las divisiones soviéticas que conquistaban Berlín.

Pero esta Inglaterra que rehusó siempre ser la aliada natural de Alemania; esta Inglaterra que hiciera exclamar a Hitler en días negros para los occidentales en Asia: «Si yo tuviera veinte divisiones de más, se las enviaría a los ingleses para detener a los amarillos» (pág. 290); se cegó frente al III Reich, y prefirió erigir la Potencia soviética antes que mantener la alemana; prefirió entregar la suerte de la mitad de Europa a los rusos y no a los germanos; y, todavía más, prefirió correr el riesgo (seguro para cualquier espectador desapasionado y objetivo) de entronizar el poderío mundial de la U. R. S. S. poniendo en el peligro gravísimo en que hoy se encuentra la civilización occidental y la suerte de Europa toda.

Pero ésta es ya otra historia, en la que con Churchill debe figurar otro personaje anglosajón: el Presidente Roosevelt.

* * *

El Presidente Roosevelt nunca, desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, se sintió neutral. «La neutralidad americana no fué más que una ficción, pero una ficción bien incómoda. Durante todo el verano y el otoño de 1941, el Presidente bus-

ca cómo intervenir sin traicionar a su pueblo, que quiere la paz, y sin enajenarse el apoyo del Congreso» (pág. 156). El 15 de agosto de 1941, el Secretario de Guerra, Stimson, declara que Norteamérica tiene razones para creer que un importante movimiento va a ser intentado por Alemania en Africa del Norte, y pone de relieve la proximidad de Dakar al Brasil, para hacer sentir al pueblo norteamericano la necesidad de defenderse. Una semana más tarde, Roosevelt y Churchill se entrevistan en la bahía de Argelia, y el Premier se declara dispuesto a ocupar las Canarias si el Presidente se encarga de las Azores (pág. 161). Roosevelt no se atreve. Pero el 7 de diciembre sucede el desastre de Pearl-Harbour; «el Presidente de los Estados Unidos tiene su *casus belli*» (pág. 164). Sin embargo, para Roosevelt, Pearl-Harbour debe quedar como un incidente en una guerra global. Pero «es difícil convencer de ello al pueblo americano. La guerra japonesa es su guerra». No obstante, Roosevelt logrará realizar el cambio: los Estados Unidos ante todo deberán vencer a Alemania, por considerar la amenaza nazi mayor que la nipona. Dos semanas después de Pearl-Harbour, el «Pentágono» esquemática un plan de acción en Africa del Norte.

Y una vez realizado el desembarco norteafricano, Churchill y Roosevelt se reúnen en Casablanca. El Premier británico indica que «sería ridículo, una vez echados los alemanes al mar en Túnez o en el Líbano, no explotar la situación, no separar a Italia del Eje, desordenar a los satélites nazis de Europa central y encontrarse así en la puerta de servicio del Gran Reich». «Todo esto es tan convincente —escriben los *Cosset* (pág. 225)—, que uno se pregunta todavía hoy cómo Roosevelt jamás concedió consideración a la idea.» «Pero es un hecho: cada vez que el Primer Ministro volvía a hablar de los Balkanes, los americanos formaban bloque para oponerse a la idea.» «Marshall, King, Leahy y Cordell Hull están dominados por una desconfianza congénita y casi pánico hacia las intenciones tortuosas de la Gran Bretaña en su política de postguerra.» Y Roosevelt la comparte. Ya antes, los yanquis han pensado que en el cálculo político de Churchill entraba el «dejar agotar las fuerzas rusas y alemanas en presencia» (pág. 179). Ahora, temen que Inglaterra quiera hacer su guerra y organizar su influencia en la Europa cen-

tral y oriental de la postguerra. No habrá, por eso, acción bélica aliada en «the soft underbelly of Europe». Por el contrario, Roosevelt piensa que hay que contentar a los rusos, y desentierza la vieja fórmula del general Grant en la guerra de Sucesión, aplicándola a los alemanes: «Rendición incondicional» (pág. 226).

El encargado de echar por tierra totalmente los planes de Churchill de desembarco en los Balkanes, será Marshall. El general norteamericano «detestó inmediatamente a Churchill en Terranova» (página 173), y desde entonces hubo una «oposición subyacente, pero constante, entre Georges Marshall and Winston Churchill» (página 229). «Poco a poco, Marshall va a llegar a ser a los lados de Roosevelt, una especie de guarda-freno»; «Marshall dirá frecuentemente «no» por el Presidente Roosevelt». Y Marshall hará fracasar los planes balcánicos de Churchill, que acaso hubieran podido salvar a media Europa del actual dominio soviético.

Todavía en la conferencia de Teherán, el Premier británico insiste en que se apruebe su plan de ataque mediterráneo: ofensiva a fondo en Italia; empleo de los aeródromos del Norte de Italia para destruir los centros industriales alemanes; desembarco en el Nordeste del Adriático y ofensiva hacia el Danubio con el apoyo de las tropas de Tito, y entrada de Turquía en la guerra, ocupación de las islas del Mar Egeo y del Dodecaneso, con operaciones contra los satélites del Eje, que serían así obligados a abandonar al navío que se hunde. En Teherán, «cada uno sabe que el argumento desesperado de Winston Churchill, con su proyecto de ofensiva balcánica, tiende sobre todo a impedir la manumisión del ejército rojo sobre Austria, Rumania, Hungría. Stalin lo sabe mejor que nadie, y cada uno de los Tres Grandes juega hipócritamente un juego que ya los excede, que hipoteca imperios futuros y a generaciones por venir. Más exactamente, dos de los Tres Grandes saben precisamente lo que quieren conseguir en esta conferencia de Teherán: Stalin desea a cualquier precio descartar a los anglosajones de la futura zona de influencia rusa; Churchill quiere evitar por todos los medios lo que, de hecho, pasó después. Pero de los tres, Roosevelt, el único que no sabe exactamente lo que quiere, va a hacer inclinar la balanza. No es disminuir su talla —escriben los

Gosset (pág. 238)—, afirmar que se equivocó torpemente en Teherán. Su camarilla le empujó con toda sus fuerzas en la vía de la desconfianza hacia los británicos. Se recordó sin cesar al Presidente, que los ingleses, en cada guerra de coalición, se sirvieron a fin de cuentas de sus aliados. Era uno de sus objetivos de la postguerra el poner fin al sistema colonial, romper las barreras aduaneras, echar abajo el proteccionismo del Commonwealth británico. Estos son objetivos que no realizará, si el Imperio británico, con sus complejos intereses, sale demasiado fuerte de la guerra».

Y de esta decisión, el general Marshall habrá de ser el principal responsable norteamericano. «¿Y quién podría suponer que él será el mismo hombre que intentará laboriosamente, tres años más tarde, encolar los pedazos de una paz que habrá contribuido a perder?» (pág. 241). Mas, por lo de pronto, Marshall no será el comandante supremo de la *Overlord*, ni de las fuerzas aliadas. Churchill se opone rotundamente, y hay que nombrar a Eisenhower para que dirija y mande el desembarco en Francia.

Churchill pensaba demasiado en la postguerra, le dijo Roosevelt a su hijo Elliot. Pero el Presidente norteamericano pensaba también en ella, pero detestablemente, llevado por remedios ideológicos. Cuando en 1943 Roosevelt fué a Casablanca, «estaba indignado por la miseria norteafricana, sin suponer que la miseria de Puerto Rico, posesión americana, no era diferente. Desde este instante, consagró una parte de sus pensamientos a la liberación de Indochina, de las Indias neerlandesas, de la India o de Birmania del yugo de sus colonizadores» (pág. 360). Y «jamás en un país democrático el destino de un pueblo fué más sometido al genio de un solo hombre que durante los últimos meses de vida del Presidente de los Estados Unidos. Stalin se sentía probablemente más ligado por las decisiones del *Poliburo* que Roosevelt por la opinión de su Gabinete o de los miembros del Congreso».

Y, sin embargo, «a algunos meses de su victoria, los Estados Unidos no tenían la menor idea de lo que harían con la Alemania vencida de mañana. Entre la paz de exterminio de los rusos, la paz de negocios de los británicos, la paz de desquite de los franceses, ¿cuál sería la paz americana?» (pág. 362). En septiembre de 1944, Roosevelt había adoptado el plan de la Ale-

mania pastoral de Morgenthau: toda la industria alemana sería destruida; Alemania se convertiría en un país esencialmente agrícola. Tal es el programa firmado en la Conferencia de Québec. Pero tal disparatado plan, no sería mantenido un mes más tarde: «Yo no comprendo cómo pude haber firmado esto. He debido hacerlo sin reflexionar», le confiesa Roosevelt a Stimson (pág. 376). Mas, posteriormente, el Presidente norteamericano va a trasladarse a Yalta sin tampoco reflexionar, «ignorando casi todos los problemas que allí van a ser discutidos» (pág. 387).

Y en el Palacio Livadia se dará el desconcertante espectáculo de la Delegación del país más poderoso del mundo «dirigida por dos moribundos—le quedan dos meses de vida a Roosevelt y Hopkins apenas le sobrevivirá—, flanqueados por un Ministro de Asuntos Exteriores que da sus primeros pasos en la política internacional, pero ya malquistado con los ingleses; de un magistrado de Carolina del Sur y de un almirante irlandés obtuso en sumo grado» (página 399). Mientras en la Conferencia de Crimea la preocupación fundamental de Stalin es Alemania y la de Churchill salvaguardar el poderío del Imperio británico, los norteamericanos han ido a Yalta para colocar la guerra contra el Japón en el primer plano de sus inquietudes.

Por eso Roosevelt, en Yalta, casi no se ocupará de Alemania ni de Europa. El Presidente norteamericano no va preparado para ello; sólo tiene una idea fija: asegurar la alianza soviética contra el Japón. Para resolver la cuestión de las reparaciones alemanas, se nombrará una Comisión tripartita, que ya se ocupará de ello. «Dejemos a los ingleses oponerse si lo desean y proseguir su oposición en Moscú», le recomienda Hopkins sobre el problema de las reparaciones. Para salir del *impasse* de Dumbarton Oaks, Roosevelt también ofrecerá la fórmula: el derecho de veto. «El derecho de veto en el Consejo de Seguridad no es una invención rusa, sino que nació en el espíritu de Franklin Roosevelt» (página 409). Ciertamente; pero se lo habían pedido los jefes militares yanquis. Pero todo esto no interesa demasiado al Presidente norteamericano. Para lo que él ha venido casi moribundo a Yalta, es para conseguir que Rusia declare la guerra al Japón.

La sesión del 8 de febrero de 1945 es la más secreta de toda la Conferencia de

Crimea. Tan sólo asisten seis personas: Stalin y Molotov, Roosevelt y Harriman, y los dos intérpretes. Los británicos no sabrán nada exactamente de lo tratado; el Secretario de Estado norteamericano, Stettinius, no asistirá, y Byrnes no se enterará de todas las promesas hechas por el Presidente a los rusos hasta después de la muerte de Roosevelt, en que se lo comunicarán de Moscú siendo ya Secretario de Estado. Los soviéticos piden para entrar en guerra contra el Japón: la isla de Sakhalin, las islas Kuriles y el restablecimiento de los «antiguos derechos de Rusia», violados por el ataque del Japón en 1904. Y todavía Roosevelt afirmará que las dificultades de China serán causadas más por el Gobierno de Chung-King que por los sedicentes comunistas del Norte chino (pág. 415). Una vez todo concedido, Roosevelt podrá exclamar ante sus íntimos: «He obtenido todo para lo que vine aquí. Y no he pagado demasiado caro...» (pág. 416).

El Presidente norteamericano ha cedido en todo lo que los rusos han insistido, con tal de lograr su ayuda para vencer al Japón. Y, sin embargo, no habría la menor necesidad de tal ayuda. Antes al contrario, no causó sino dificultades, y los males del presente en Asia son debidos, en gran parte, a esta tremenda equivocación.

Para el vencimiento del Japón, ni la bomba atómica fué necesaria. El Emperador Hiro Hito había decidido poner fin a la guerra el 14 de febrero de 1945 (pág. 441). Su Ministro de Asuntos Exteriores había emprendido conversaciones preliminares no oficiales con Malik, Embajador de los Soviets en Tokio, con tal fin, y dado instrucciones al Embajador japonés en Moscú para

negociar la rendición. Después de la muerte de Roosevelt, Stalin se lo diría en términos vagos a Hopkins. Antes de la Conferencia de Postdam, el Príncipe Konoye había recibido el encargo de partir para Moscú para conferenciar con el Embajador Harriman, con poderes suficientes para aceptar, en último término, la fórmula de rendición incondicional si los Estados Unidos no encontraban ninguna otra admisible (página 447). Pero Moscú logró impedir el viaje, dejando pasar los días y preparándose mientras tanto para intervenir en Asia antes de que fuera tarde.

En Postdam, el Presidente Truman ya conocía la existencia y el poder destructivo de la bomba atómica. Pero no tuvo la decisión suficiente para impedir la inútil y enojosa intervención de los rusos en la guerra asiática. Molotov le comunicó el 29 de julio que la U. R. S. S. entraría inmediatamente en guerra contra el Japón. Era la hora del botín.

* * *

He aquí, con más amplitud que la acostumbra, una recensión de un libro apasionante y atrayente, verídico y objetivo; de un gran libro, en el que a los cinco años de haber terminado la Segunda Guerra Mundial, tan desfigurada por la propaganda de los vencedores, se puede leer en su primera página lo que hasta hoy se negó u ocultó: «Que el Adolfo Hitler de 1940 fué un jefe militar de talla napoleónica; que el Franklin Roosevelt de 1945 había cesado de ser un gran hombre, y que la atroz matanza atómica de Hiroshima fué inútil».

Luis GARCÍA ARIAS

HERBERT VON DIRKSEN: *Moskau-Tokio-London, 20 Jahre deutscher Aussenpolitik*. Stuttgart, 1949. 279 páginas.

Las memorias de un diplomático siempre constituyen lectura atractiva. No contradice esta afirmación el libro que comentamos, que desarrolla a lo largo de sus páginas —concebidas dentro del molde clásico de este tipo de escritos— el recuerdo de la experiencia vivida por el autor en las ciudades que dan título a su obra. Embajador de Alemania en Moscú (1928-33), en Tokio (1933-38) y en Londres (1938-39), el solo enunciado del itinerario diplomático que

ha recorrido von Dirksen invita a reparar con el máximo cuidado su páginas de memorias. Estas arrancan de sus primeros pasos como diplomático en las postrimerías de la Guerra Europea (1917-18) y concluyen con la retirada de embajadores a causa de la segunda Guerra Mundial. Ante todo, hay que destacar que von Dirksen, experto en política oriental, cuyo departamento dirigió durante tres años antes de emprender su viaje como embajador a Moscú, imprime

una objetiva sinceridad a su relato. Podría subtitularse éste: «Narración de un lento e inevitable fracaso»; pero habría que aclarar en seguida: no es el embajador quien fracasa (aunque, bien es cierto, el libro no esté escrito, ni mucho menos, para justificarse personalmente su autor); la quiebra hay que adjudicársela a la política exterior alemana. Vacilante la proyección de Alemania entre la tendencia oriental, marcada por Rapallo, y el acercamiento a Occidente, consecuencia de Locarno, si consigue en algún momento un equilibrio, no deja de encerrar en sí mismo una duda, que no consigue superar la aparentemente firme dirección política del III Reich. Así resulta que, por una parte, Hitler preconiza en *Mein Kampf* una cooperación angloalemana; sin embargo, von Dirksen se encuentra en Londres con la herencia que le deja su antecesor —Ribbentrop—, quien, en opinión del autor, fué causa de graves perjuicios para las relaciones entre Alemania e Inglaterra (página 202). Por otra parte, frente a la posición inflexible de Gran Bretaña, no dispuesta a nuevas concesiones en lo relativo a la expansión del III Reich, Hitler cambia radicalmente el rumbo de su política y firma con la U. R. S. S. la alianza de 1939. De esta suerte, todos los esfuerzos de von Dirksen por triunfar en su misión y evitar el conflicto armado fueron estériles, porque no contaban con el apoyo del Gobierno que el embajador representaba. Cuando un hombre, al que se encomienda una función tan delicada como lo era la suya en Londres, se ve continuamente desautorizado por los hechos consumados del Führer, no tiene más remedio que hablar de «fracaso». Y éste

es, sin duda, de índole distinta del que da título a una obra gemela de Henderson, embajador inglés en Berlín en la misma época en que lo fué Dirksen en Londres. Henderson escribió su *Fracaso de una misión*, y a este propósito, von Dirksen observa atinadamente: «pero él se vió, al menos, apoyado por su Gobierno; luchando juntos por una noble causa, habían perdido la batalla» (pág. 259).

Nuestra atención se centra, naturalmente, en los capítulos de más trascendencia histórica: la misión de von Dirksen en Londres, la Conferencia de Munich y todos los episodios que precedieron de modo inmediato a la ruptura de hostilidades. Sin embargo, el libro posee multitud de valores —aparte de la vivacidad que el autor da a la crónica de sus gestiones en Moscú y en Tokio—: tales son los curiosos detalles de su vida personal, con el dato y la observación sobre sus contactos con diversas personalidades políticas e intelectuales de los distintos países. Asimismo posee también especial interés la exhortación del epílogo, en el que von Dirksen analiza la causa de la tragedia de Alemania: regida «por revolucionarios fanáticos, demagogos inconscientes, no sujetos por ningún escrúpulo a leyes ni a trabas, fué conducida por un camino que tenía que llevarla necesariamente a la catástrofe» (pág. 261). Finalmente, el autor expresa su esperanza de que la buena voluntad alemana para cooperar en la reconstrucción de Europa no sea desoída, antes de que dicha voluntad empiece a torcerse.

GERMÁN BLEIBERG

ALBERT Z. CARR: *Truman, Stalin and Peace*. New York, 1950. Doubleday and Company. 256 páginas.

¿Conseguirá la política exterior del Presidente Truman mantener a América alejada de la guerra y aumentar su potencial y prosperidad? ¿Conducirá la intervención americana en Corea a una sociedad mejor y más estable que la actual? Estas y otras preguntas son contestadas en el presente libro, a través de cuyas páginas vemos el desarrollo de la crisis mundial y el papel desempeñado en la misma por Roosevelt, Truman, Stalin, Churchill, Byrnes, Marshall,

Acheson, Molotov, etc. Su autor, Albert Z. Carr, fué durante la guerra auxiliar de Mr. Nelson, a la sazón presidente de la Junta de Producción de Guerra, pasando en 1944 a la Casa Blanca en calidad de asesor económico del Presidente Roosevelt. En el ejercicio de sus funciones estuvo en China y Europa, sirviendo asimismo como asesor del Presidente Truman. Ha sido protagonista de los principales acontecimientos ocurridos en los últimos años, y su libro

es el resultado de las observaciones hechas y de la experiencia acumulada en el transcurso de los mismos.

Las razones del fracaso americano en China; las debilidades del Plan Marshall; el resurgir de Alemania como verdadera vencedora de la guerra fría, etc., son hechos que aparecen perfectamente estudiados y analizados. En el prólogo, nos dice el autor que la paz del mundo desde 1945, ha dependido de la voluntad de dos hombres: Truman y Stalin, aunque existen grandes diferencias en el modo de enfocar el problema. Stalin no ha hecho otra cosa que evitar la guerra, en tanto que el Presidente americano, al par que contemporizaba con la táctica soviética, ha procurado en todo momento una paz duradera. Tanto en Washington como en Europa y Extremo Oriente, el autor ha podido contemplar el colapso de las ilusiones y esperanzas mantenidas durante la guerra y el gradual desarrollo de la política exterior del Presidente Truman. Cada una de las cuatro partes en que el libro se divide trata de los distintos aspectos de la postguerra: el fondo de las relaciones entre América y Rusia; los esfuerzos del Presidente Truman por mantener a la Europa Oriental en el campo democrático y evitar la guerra; la guerra de China y el resurgir de Alemania, centro decisivo entre Oriente y Occidente.

Puede decirse que la guerra fría no empezó hasta después de celebrada la Conferencia de Yalta, en el mes de febrero de 1945, aunque se dejaba sentir desde mucho antes. Uno de los motivos que a ella contribuyeron fué, sin duda alguna, la negativa americana a conceder un préstamo al Kremlin, cuya posibilidad ha influido en la política soviética con los Estados Unidos, coincidiendo aquélla con un aumento de la agresividad por parte de los rusos. Para comprender bien el proceso de dicho préstamo, hay que tener presente el ambiente político de Washington en el verano de 1943. Las relaciones de Stalin con las potencias aliadas discurrían del mejor modo posible y una inteligencia directa entre los Estados Unidos y la Unión Soviética era deseada por ambos países. Ello contribuiría a una mayor expansión de su comercio y al fortalecimiento de sus respectivas economías. Nelson fué el promotor de un plan de ayuda a la reconstrucción rusa, plan que fué aprobado por Roosevelt y Hull, y, como resultado de ello, fué enviado a Moscú para

discutir con Stalin los problemas relativos a la producción de guerra y sus puntos de vista sobre las futuras relaciones con los Estados Unidos. Rusia necesitaba créditos a largo plazo con el fin de iniciar la reconstrucción de las zonas afectadas por la guerra, elevando el nivel de vida del país. A cambio de las mercancías americanas, Rusia exportaría materias primas: manganeso, cobre, tungsteno, pulpa de madera, pieles, petróleo, etc. Las conversaciones sobre la concesión del préstamo a la Unión Soviética fueron sumamente laboriosas, y en la época de la Conferencia de Yalta, el Gobierno de los Estados Unidos no había respondido aún a la demanda rusa del préstamo en cuestión. A mediados de 1944 las relaciones entre los Estados Unidos y Rusia continuaban bajo el signo de la amistad; mas bien pronto las noticias recibidas de los Balcanes, especialmente de Bulgaria, iban a cambiar totalmente la situación: el 6 de septiembre las tropas rusas se apoderaron de Bulgaria; y establecieron un Gobierno de tipo comunista.

La reacción aliada tuvo su manifestación en las conversaciones sostenidas entre Churchill y Stalin, a las que asistió el embajador Hatrman, en calidad de observador. De las mismas salió un convenio, en cuya virtud Rusia se reservaba la influencia sobre Bulgaria y Rumania, en tanto Grecia caería bajo la esfera inglesa. En cuanto a Yugoslavia, sería dividida en dos zonas de influencia: inglesa y rusa. Poco después el Gobierno soviético ejercía presión sobre Noruega, exigiendo ciertas concesiones sobre las islas Spitzbergen. Había comenzado la guerra fría. Roosevelt se negó a reconocer el convenio Churchill-Stalin, que fué reemplazado por la Declaración de Yalta concerniente a las zonas liberadas.

Al ocupar Truman la presidencia de los Estados Unidos decide nombrar Secretario de Estado a Byrnes, y las continuadas agresiones rusas hacen que la tensión aumente entre los dos pueblos. Es en estos críticos momentos cuando Hopkins acude a entrevistarse con Stalin, y como resultado de sus conversaciones, las relaciones ruso-americanas parecen entrar de nuevo por cauces pacíficos. La significación histórica, pues, de la acción emprendida por Truman al enviar a Hopkins a Moscú, radica en el hecho de que ella hizo posible la Conferencia de Potsdam. Tanto en ésta como en la de Yalta, el principal interés de los dirigentes so-

viéticos radicó en las reparaciones industriales por parte de Alemania, habiendo aceptado en cambio las propuestas aliadas sobre los principios económicos que habrían de regir la ocupación de Alemania; accediendo a llevar a cabo la Declaración de Yalta sobre zonas liberadas. Al negarse las potencias occidentales a aprobar las reparaciones en la escala solicitada por los rusos, las relaciones volvieron a enfriarse, y la Conferencia de Potsdam fué otro nuevo fracaso para la tan ansiada cooperación internacional.

El período durante el cual Byrnes desempeñó la Secretaría de Estado, se caracteriza por la violenta oposición a Molotov y a los puntos de vista soviéticos, manteniendo una política enérgica con relación a las pretensiones rusas. Así, cuando los rusos intentaron fomentar la revolución en el Irán, se vieron obligados a retirar sus tropas ante la presión de las Naciones Unidas, y cuando Molotov incitó a Yugoslavia a apoderarse de Trieste, tanto él como Tito hubieron de renunciar a sus pretensiones ante la resuelta actitud americana de luchar, si ello fuera preciso, por mantener los derechos de Italia. Mas esta política no tenía sino aspectos negativos, y llegó el momento en que Truman se vió obligado a cambiar de Secretario de Estado. Se hacía necesaria una nueva política, más acorde con los deseos presidenciales y por él dirigida, y es el general Marshall el que va a encargarse de encauzar la política exterior estadounidense. En el diálogo Byrnes-Molotov, la característica más destacada es la negativa de ambos a modificar sus respectivas posiciones con respecto a las zonas liberadas de la Europa oriental. En los lugares ocupados por las tropas soviéticas, la influencia era única y exclusivamente rusa, en tanto que en Grecia predominaba la influencia inglesa. La elocuencia de Byrnes y las protestas de Molotov de nada sirvieron para alterar estos hechos.

Bien pronto se hacen sentir los efectos de la nueva política de Truman, al aprobarse el plan de reconstrucción económica de Europa y reservarse los Estados Unidos el derecho a intervenir en los asuntos de otras naciones amenazadas por el comunismo. La primera aplicación de esta nueva política tuvo lugar en Grecia y Turquía. Peldaños de esta nueva política iban a ser el Plan Marshall, la doctrina de Truman, el Pacto Atlántico, el Programa de Ayuda

Militar, etc. El Plan Marshall atrajo bien pronto la atención de las naciones que veían así el modo de poder fortalecer sus economías y situarse en condiciones de defensa contra la expansión comunista. Por otro lado, fué un reto a la Unión Soviética y un arma efectiva en la guerra fría contra el comunismo. En la Europa oriental el problema principal era el de saber cómo reaccionaría Rusia ante el mismo, habiéndose extendido el rumor de una división en el seno del Politburó con respecto a la participación en el Plan Marshall. Decidida ésta, tuvo lugar la Conferencia de París, en la que el Ministro ruso se limitó a manifestaciones de buena voluntad y a no hacer objeciones al Plan; mas en el curso de la misma las instrucciones recibidas por Molotov debieron indicarle una oposición cerrada al mismo, por cuanto su actitud varió por completo, proponiendo un cambio radical en las bases del plan americano.

Este cambio de opinión en la política rusa se debe, sin duda, a la división antes indicada, existente entre los dirigentes del Kremlin. Stalin apoyaba las opiniones de su consejero económico el doctor Varga, partidario de la cooperación con las potencias occidentales, al no considerar probable el colapso económico en los Estados Unidos. En el grupo opuesto a Varga militaban dirigentes del Politburó, siendo uno de los principales el economista soviético Voznesensky, quien, en su obra *La economía de la U. R. S. S. durante la segunda guerra mundial*, atacaba a los «teóricos que se consideran marxistas», por sostener que la verdadera planificación económica se llevaba a cabo en los países capitalistas, atacando de igual modo el imperialismo americano e inglés, deseoso de acabar con el pueblo ruso. Ante tal disparidad de opiniones, no hubo modo de conciliar las tesis del moderado Varga con Voznesensky, apoyado por uno de los hombres más influyentes en el Politburó, el coronel Zhdanov, quien aceptaba la idea de que la depresión americana era un hecho inevitable.

Esta batalla ideológica llegó a su momento álgido en el verano de 1947, y, según los círculos gubernamentales franceses, cuando Molotov llegó a París a entrevistarse con Bevin y Bidault, el Politburó no había decidido aún nada. De ahí el que Molotov se viera obligado a contemporar, a ganar tiempo, hasta que llegaron las instrucciones definitivas de Moscú. Su denuncia del Plan

Marshall demostró que el profesor Varga había perdido la partida en favor de Voznesensky.

La réplica soviética al Plan americano no se hizo esperar, y uno de sus primeros actos fué la reconstitución, en el otoño de 1947, de la Internacional Comunista, disuelta formalmente en el año 1943. En la reunión de Polonia, los dirigentes de las nueve naciones comunistas, incluyendo a Francia e Italia, acordaron luchar contra el imperialismo americano. La nueva organización fué dirigida por el dinámico Zhdanov, quien sostenía que la diplomacia de Molotov era ineficaz, siendo su propósito el de anticiparse al Plan Marshall, promoviendo huelgas y estableciendo Gobiernos comunistas en los dos países menos estables: Francia e Italia. Como resultado de la nueva política, Molotov fué sustituido por Zhdanov, y la historia de Europa, en esta época crucial, no es en realidad otra cosa que el choque de las fuerzas representadas por Marshall y Zhdanov.

La Kominform perdió su primera batalla en Italia, con el envío de alimentos en aplicación del Plan Marshall. Por otro lado, el Vaticano, al alzar su voz contra el comunismo, fué un factor decisivo en la lucha entablada. Otro tanto puede decirse de Francia, donde la ola de huelgas comunistas fué dominada gracias a la energía de Schuman. El ataque lanzado por Zhdanov había sido rechazado. Mas otro golpe al prestigio soviético iba a producirse, esta vez en el mismo Cuartel general de la Kominform. El mariscal Tito se negó a obedecer las órdenes de Moscú, separándose de la línea rusa, que, a pesar de sus amenazas, no consiguió intimidar al jefe yugoslavo. A la muerte de Zhdanov es de nuevo Molotov quien dirige la estrategia soviética en la guerra fría. Asesinatos, depuraciones, encarcelamientos, constituyen el índice de estos momentos, que llegan a su punto crucial con el bloqueo de Berlín, iniciado por Molotov en el verano de 1948, con el que intentaba recuperar el prestigio perdido. Mas el plan fracasó por la energía desplegada por las fuerzas aéreas americanas e inglesas abasteciendo a la población berlinesa por el aire y haciendo así ineficaz el bloqueo ruso. La estrategia de Molotov, al igual que anteriormente la de Zhdanov, había fracasado, y los Estados Unidos se apuntaban un tanto decisivo.

La época que sigue a estos históricos mo-

mentos registra la campaña electoral del Presidente Truman y su reelección; el deseo presidencial de enviar a Moscú a Vinson para entrevistarse con Stalin; la dimisión del general Marshall y el consiguiente nombramiento de Dean Acheson como Secretario de Estado. Todos ellos, acontecimientos que habrían de repercutir en la política americana y en sus relaciones con la Unión Soviética.

La tercera parte del libro está dedicada a la política exterior americana con respecto a China, donde la ayuda recibida no se empleaba del modo debido. Con el fin de salvar al país de un colapso económico y militar, el Presidente Roosevelt envió dos agentes especiales a Chungking: Donald Nelson, entonces presidente de la Junta de Producción de Guerra, y el general Hurley. El primero tenía por misión ayudar al Gobierno chino a aumentar la producción de material de guerra; el segundo, intentar formar una coalición entre el Gobierno de Chiang-Kai-Shek y los comunistas del Norte. Es muy posible que los dirigentes comunistas no fueran partidarios de unirse a los nacionalistas, a menos que el proyecto fuera acogido favorablemente por el Gobierno soviético. Por esta causa, Nelson y Hurley se dirigieron a Moscú a tratar el asunto con los dirigentes del Kremlin. Era a finales de agosto de 1944, antes de producirse la crisis búlgara, y, por tanto, la posibilidad de obtener créditos de Norteamérica seguía aún en pie. No es, pues, de extrañar que dieran toda clase de facilidades y prometieran no inmiscuirse en los asuntos chinos, prestando apoyo a Chiang Kai-Shek si ello fuera necesario; promesas que no habrían de cumplirse después.

En cuanto a la coalición fomentada por los americanos, no se llegó a realizar por diferentes razones. Chiang Kai-Shek insistía en la unión de los ejércitos comunistas con los del Gobierno central, cosa a la que no estaban dispuestos los primeros. Por su parte, los comunistas exigían pleno reconocimiento como partido independiente. Ambas partes mostraban opiniones opuestas respecto a la división de los puestos en el Gobierno. En resumen, puede decirse que el futuro destino de China habría de ser determinado por Roosevelt y Stalin, de común acuerdo.

A finales del siglo XIX y principios del actual, las fuerzas combinadas del exceso

de población y de las nuevas ideas, produjeron aquella cadena de acontecimientos que conocemos con el nombre de revoluciones chinas, unas de las más interesantes de la Historia. De uno de estos movimientos revolucionarios surge el Kuomintang, primero bajo la presidencia del doctor Sun Yat Sen y más tarde de Chiang Kai-Shek. Es en 1927 cuando el partido comunista empieza a enfrentarse con el Kuomintang, y su doctrina está dirigida por el impetuoso revolucionario de la Rusia soviética. Las exigencias de la Tercera Internacional sobre una mayor participación comunista en el Gobierno precipitaron la ruptura entre ambos partidos. El período comprendido entre 1927 y 1937 lo llena la lucha por el Poder sostenida entre el Kuomintang y el partido comunista. Si bien es cierto que en la lucha contra el Japón se logra una cierta unidad de miras, no obstante ambos partidos buscan principalmente el logro de sus respectivos intereses. La ayuda norteamericana, iniciada en 1941 con la Ley de Préstamos y Arriendos, se ve incrementada al entrar los Estados Unidos en guerra contra el Japón, y a partir de este momento el Gobierno americano no deja de favorecer a los nacionalistas chinos, primero en su lucha contra el enemigo común, más tarde contra los comunistas, deseando la unificación del país, bajo la dirección de Chiang Kai-Shek, y siguiendo unas líneas democráticas.

Índice de estos deseos son las distintas misiones que los Estados Unidos envían a China: la del general Hurley, la del general Marshall y la del general Wedemeyer, más la de Wallace en 1944, a fin de consolidar los esfuerzos bélicos de China en su lucha contra el Japón. El éxito no ha querido acompañar a estas sucesivas misiones, y los Estados Unidos se han visto obligados a cesar en sus intentos de mediación, sin que ello signifique cambio alguno con respecto a su tradicional actitud frente al pueblo chino. El esfuerzo americano no ha conseguido la paz y la unidad de China que, por otra parte, han de alcanzarse por los propios chinos. Según la opinión del general Marshall, sólo con la existencia de un grupo liberal de oposición en China podría garantizarse la formación de un buen Gobierno dispuesto a conseguir la estabilidad del país.

Los últimos acontecimientos están en la memoria de todos. Los constantes avances

comunistas y la retirada de Chiang Kai-Shek, con la ocupación total del territorio, excepto la isla de Formosa, han desbaratado los planes americanos de ayuda a una China nacionalista bajo su esfera de influencia. Es ahora el Kremlin quien, a través de su aliado Mao-Tse-Tung, extiende sus tentáculos no sólo por la China comunista, sino por todo el sudeste asiático —reciente está el caso de Corea—, y ello con grave detrimento para los Estados Unidos, que se verán forzados a una política enérgica si no quieren perder su prestigio y su dominio en un escenario tan interesante como lo es el Continente asiático.

Hemos de trasladarnos ahora a Europa, donde Alemania constituye uno de los puntos clave de la política exterior americana, pues es en su suelo donde en estos momentos se juega la carta decisiva para el futuro destino de Europa y, quizá, de la Humanidad entera. La política norteamericana ha dado un profundo sesgo a partir de la guerra y resulta interesante y altamente aleccionador observar el desarrollo de la misma, en el que ha influido de modo terminante la actitud intransigente de Rusia y sus deseos expansionistas, que amenazan socavar los cimientos de la civilización cristiana. Tres momentos pueden señalarse en la evolución de esta política con respecto a Alemania, momentos que están determinados por las figuras de Clay, Hoover y Mac Cloy, las tres personas que han influido de modo decisivo en las relaciones de los Estados Unidos y Alemania.

Según una personalidad británica, el general Clay pasará a la Historia como el hombre que ha hecho nuevamente de Alemania una potencia de primerísima fila en Europa. En los tres años de su política como gobernador militar ha descrito una circunferencia de 180 grados. En 1945, Alemania era el enemigo público número 1 de Europa; hoy, constituye el centro de toda clase de favores y atenciones. De nación vencida y arruinada, ha pasado a ser la más poderosa nación industrial de Europa. Sobre el papel, los aliados estaban decididos al castigo de Alemania y a la eliminación de todo poder militarista. En la actualidad, todo esto se ha difuminado.

Ya en 1947 podía apreciarse de modo inequívoco que el vencedor de la guerra fría no iba a ser Rusia ni los Estados Unidos, sino Alemania. En la época de Potsdam, la política americana con respecto a Alema-

nia estaba orientada hacia varios fines exclusivos: castigo de los criminales de guerra; desnazificación y democratización del pueblo alemán, de modo progresivo y a través de una apropiada educación; descartelización de las industrias alemanas; reparación por los daños de guerra sufridos por las naciones aliadas y desarme alemán, bajo el control de las cuatro Potencias. Tres años más tarde, estos programas se habían diluido, y una nueva política hacía su aparición. Según un comentarista americano, el pueblo alemán no se considera responsable de la guerra. La juventud alemana se divierte con los esfuerzos americanos por democratizar el país; la desnazificación ha sido un fracaso, y un poderoso sentimiento contra las reparaciones penetra a través de los Gobiernos militares inglés y americano. Los alemanes confían en que los Estados Unidos restauren su potencial, como ya lo hicieron en la primera guerra. Estos son los sentimientos predominantes en el pueblo alemán; ellos, y la actitud rusa, han determinado el nuevo giro de la política americana. Esta persigue el resurgimiento de Alemania como potencia de primer orden y lo antes posible; la creación de un Estado alemán occidental de tipo conservador; impedir a la Unión Soviética participe en el control del Ruhr, y ligar a la Alemania del Oeste al bloque de las Potencias occidentales. Puede decirse, sin titubeos, que la expansión comunista y el peligro que ello entraña determinan esta política, que, en los momentos actuales, va a lograr plena realización. El anticomunismo se ha convertido en arma decisiva de la propaganda americana e inglesa, que propugna la constitución de una Alemania fuerte para impedir todo intento de invasión por parte de Rusia. El rearme alemán es el *leit motiv* de esta propaganda, y existe un a modo de marcha contra reloj que quiere realizar este rearme a pasos agigantados.

Los franceses no parecen muy conformes con el mismo, y se muestran contrarios a todo intento de unión, defendiendo la tesis de una Alemania dividida en pequeños Estados, que acabaría así con sus temores; mas sus deseos no se verán realizados, y, de grado o por la fuerza, tendrán que aceptarlos. Se impone la integración de Alemania en el bloque occidental y su participación en la defensa de Europa; mas, para ello, es necesario dotar a Alemania de la independencia correspondiente y de los me-

dios precisos para conseguir este rearme tan deseado por los aliados. Saben muy bien los americanos que su defensa está ahora en el Elba, y no regatean los medios para conseguirlo.

Otro tema interesantísimo de la política germana y que ha dado lugar a debates apasionados, lo constituye la cuestión de las reparaciones por los daños causados por Alemania durante la guerra y que ha traído como corolario los desmantelamientos llevados a cabo por las potencias aliadas en el suelo alemán. Al igual que en la guerra del 14, son los americanos los que propugnan la reducción de las mismas y el cese de la política de desmantelamientos. El ex Presidente Hoover es enviado a Alemania en 1947 a fin de estudiar su situación y recomendar la política a seguir por parte de los Estados Unidos. El informe por él presentado aboga por el cese de las reparaciones y el incremento de producción, limitando los programas de descartelización y desnazificación. En el mismo sentido se expresaron los generales Clay y Draper.

Al ocupar Acheson la Secretaría de Estado, las bases para el Tratado del Atlántico Norte habían sido ya echadas por el general Marshall, correspondiendo al nuevo Secretario de Estado el hacerlas realidad en Washington. El verdadero centro del Tratado lo constituye la defensa de la Europa occidental y el plan que habría de seguirse en el caso de una guerra contra la Unión Soviética. Como es natural, había de surgir la cuestión del rearme alemán, que habría de convertirse en el verdadero caballo de batalla de las discusiones. Hoy, la tesis americana que favorece este rearme, puede decirse ha triunfado plenamente. Alemania se incorporará al bloque occidental y gozará de la autonomía necesaria para cumplir la misión encomendada.

Son estos momentos cruciales en el futuro de Europa, y los Estados Unidos no vacilan en cooperar con todo el peso de su enorme potencia, dispuestos, una vez más, a salvar a Europa y al mundo entero de los horrores de una nueva guerra y defenderla contra la invasión comunista, que acabaría con la civilización cristiana y los altos valores que ella representa.

En suma, a través de sus 256 páginas, el libro de Mr. Carr nos da un estudio perfecto de las relaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos en los últimos años, mostrándonos de modo consumado la

evolución de sus políticas respectivas, en realidad, la americana, pues los dirigentes del Kremlin han perseguido siempre el mismo objetivo: la revolución mundial y la dominación comunista en todos los países.

En esta política se han podido observar tres distintas direcciones, representadas por los nombres de Byrnes, Marshall y Acheson. El fondo de los debates entre Byrnes y Molotov lo constituía siempre la organización de las zonas liberadas de la Europa

oriental. En esta fase el triunfo correspondió a los soviets. La segunda fase corresponde a la lucha entre Marshall y Zhdanov, y su centro lo constituyen Italia y Francia, triunfando plenamente los americanos, con el arma decisiva del Plan Marshall. La fase actual corresponde al duelo Acheson-Vichinsky, y el objeto es el problema alemán. El tiempo dirá quién es el triunfador.

JULIO MEDIAVILLA Y LOPEZ

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES: *La personalidad internacional de los pueblos dependientes*. I. D. E. A. Madrid, 1950.—300 páginas.

Estamos asistiendo al cierre de un período en el proceso evolutivo del sometimiento del mundo circundante al imperativo de las formas culturales europeas. El mundo imprecisamente designado como colonial en que se manifestó uno de los más característicos aspectos de este sometimiento, da muestras de un desasosiego subversivo que difícilmente encuentra satisfacción en las sucesivas y siempre insuficientes fórmulas jurídicas, con cuya enmascarante concesión pretenden las potencias europeas dominantes conservar una vinculación cada vez más en precario. El estudio de estas sucesivas fórmulas jurídicas, no siempre coincidentes con la situación real, aunque en continuada interferencia con ella, constituyen el principal contenido de este libro.

Nace con una limitación originaria, que el autor percibe agudamente y trata de paliar en los capítulos iniciales. Y es que la personalidad internacional de los llamados países dependientes está tan estrechamente vinculada al hecho colonial y éste tan sometido a cuestión, que es necesario adoptar sobre él un criterio determinado, desde el cual estudiar el hecho subordinado de la formulación jurídica, más o menos ficticia, en que encuentra encaje.

Pero la previa fijación de bases conceptuales para utilizar este punto de partida hubiera superado los propósitos del tema enunciado. Por esto el autor, tras de una ligera exposición del confusio nismo reinante en torno a «los países dependientes o sin Gobierno propio» busca, como ya el enunciado del libro hacia prever, bases de partida en el tampoco muy elaborado campo del Derecho internacional. Pero las fórmu-

las jurídicas, más o menos enmascarantes, se corresponden en una u otra forma al desenvolvimiento de la situación real del mundo dependiente y constituyen un expresivo signo del grado de sometimiento particular, al menos en lo que a la proyección europea se refiere.

Este enfoque, desde el punto de vista de una normatividad jurídica elaborada a lo largo de la continuada convivencia europea, limita el estudio en cuanto la imposible adaptación de situaciones fácilmente encajables dentro de la relación colonial —considerada en sentido amplio, claro está— y correspondientes a ámbitos extraeuropeos. Así, los dos más importantes focos de sometimiento que actúan en la concreta situación presente —Rusia y los Estados Unidos— sólo son tratadas en razón del tributo simulatriz que rinden a fórmulas cuyo contenido real adquiere muy diverso significado. Pero esta limitación queda hábilmente superada por la continua alusión a los hechos reales, o al menos los tenidos por tales, que originan y condicionan la formulación jurídica, y que revelan la gran agudeza del autor en la interpretación del proceso.

Distingue tres fases en el desenvolvimiento moderno de la colonización: la primera, de confusión de la personalidad internacional de las metrópolis con sus dependencias. La segunda, de diferenciación de ambas personalidades, y la tercera, de separación de aquéllas en la esfera internacional. «El tránsito de una a otra no está dirigido por reglas abstractas universales ni inspirado en consideraciones idealistas. Son las circunstancias reales las que lo im-

pulsan, a veces contra la voluntad de la metrópoli. A medida que el poder interno de la dependencia, su concurso o una presión exterior lo aconsejan, los poderes interesados buscan y encuentran las fórmulas para la evolución.

En la primera fase concurren los elementos naturales necesarios para suponer una personalidad colectiva, «pero el ordenamiento de ésta proviene y se vincula al imperium de otra personalidad». Bajo una falsa perspectiva estos sujetos de derecho, carentes de capacidad de obrar, han sido considerados como objeto. «Téngase en cuenta que esta prepersonalidad es subpersonalidad considerada en relación al titular de la soberanía a que está adscrita.»

La segunda fase se caracteriza por una personalidad diferenciada, pero todavía «vinculada y subordinada a otra en un régimen de vinculación indefinida y desigual». En esta duración indeterminada y, sobre todo, en la desigualdad del nexo, reside la diferencia fundamental entre esta relación y la que establecen los Tratados y otras autolimitaciones entre personalidades soberanas. Los sistemas jurídicos coloniales de esta fase «suponen una forma diárquica y desigual de gobierno, prestándose a infinitas combinaciones de la dosificación de competencias y poderes».

«En la tercera fase se parte de una vinculación que se transforma, generalmente por disociación, en forma de relajación progresiva o de brusca ruptura; pero también por integración en una personalidad superior, que en rigor no es la misma después de verificada la integración» o por «asociación integrativa» en un conjunto superior. Es en el campo de las relaciones exteriores donde se mantienen generalmente los últimos vestigios de la vinculación.

El estudio de las formas de transición de una a otra fase constituye una de las partes más interesantes del libro y es aquí donde encontramos uno de los más característicos ejemplos de la continua emergencia del proceso real a que antes he aludido.

Comprende la primera fase el período histórico que se inicia con los primeros establecimientos coloniales y termina con

la emancipación de las provincias españolas de ultramar. El siglo que va desde 1814 a 1914 corresponde a la segunda fase. Tras un período de gestación de seis años se inicia, en 1920, la tercera y última fase, que en los momentos presentes alcanza su máxima activación.

Es aquí, en esta adscripción de las distintas fases evolutivas a períodos históricos determinados, donde el autor encuentra las máximas dificultades. La dualidad entre el proceso real y el esquema propuesto surge manifestamente a lo largo de la exposición y el autor tiene con gran frecuencia que acudir a su habitual habilidad para superar el obstáculo. A mi juicio, los períodos que se consideran como correspondientes a la primera y segunda fase, constituyen dos ciclos coloniales independientes y sucesivos para cuya determinación es insuficiente el criterio meramente jurídico (1). Ambos quedan dentro del período en que Europa señoreaba al mundo. El correspondiente a la tercera fase se caracteriza por la liquidación del dominio europeo y su sustitución por las nuevas formas de sometimiento surgidas en su periferia.

Sólo las formas de desintegración son adscribibles a la normatividad jurídica y de aquí que el señor Cordero Torres considere este período dentro de la tercera fase, quedando fuera del estudio concreto, aunque sin pasárselas desapercibidas, las nuevas formas de integración que se dibujan por bajo de la simulación jurídica.

Los particulares estudios de estas formas de desintegración forman la parte más extensa y trabajada de la obra. Con gran acopio de bien seleccionados datos, el autor nos expone el proceso evolutivo de la personalidad internacional de los distintos sectores del mundo colonial y las efímeras fórmulas, siempre insuficientes para las desorbitadas exigencias, con que las po-

(1) No le pasa ello, naturalmente, desapercibido al autor: «Si aquella fase pudiera aplicarse a tiempos pretéritos en los que regían sistemas y conceptos muy distintos a los introducidos en el Derecho público en los siglos XIX y XX...», dice al iniciar el capítulo sobre la emancipación de América.

RECENSIONES

tencias correspondientes han intentado salvar el difícil problema que su debilidad postbélica les presentaba acuciante. Asimismo quedan expuestas con elogiada imparcialidad tentativas de extender la responsabilidad de la rectoría de los países dependientes a los organismos internacionales y las formas que esta intervención ha adoptado en los dos intentos de organización internacional hasta ahora habidos.

Un último capítulo, en que el autor expone resumidamente alguna de sus opiniones sobre el futuro de las dependencias nos hace esperar con impaciencia un desarrollo más amplio de lo que aquí *insinúa* como compensación a la necesaria aridez del tema tratado.

Luis TRUJEDA INCERA